

Santiago, 4 de agosto de 2010

Señor Abogado

Juan Pablo Bulnes Cerda

PRESENTE

Estimado don Juan Pablo:

La razón de mi carta es para entregar a usted mi testimonio acerca de Monseñor Fernando Karadima Fariña a quien conozco hace veinticinco años. Mi nombre es José Miguel Fernández Donoso, RUT 6.371.767-3, tengo 42 años de edad y soy sacerdote hace ocho años. Actualmente ejerzo mi ministerio como párroco de la Parroquia Nuestra Señora de la Paz, Avda. Echeñique 4243, Ñuñoa, perteneciente a la Zona Episcopal Cordillera de la Arquidiócesis de Santiago de Chile.

Antes de entrar al Seminario Pontificio en el año 1994 estudié Ingeniería Civil en la Universidad de Chile, donde me titulé el año 1993. Alcancé a ejercer un año mi profesión como ingeniero antes de comenzar la formación sacerdotal. Paralelamente fui profesor de cátedra de las asignaturas de Cálculo y Álgebra en la Facultad de Ciencias Económicas de la misma Universidad.

En mi ministerio sacerdotal he trabajado los primeros años como Vicario Parroquial de la Parroquia San Vicente de Paul de La Florida. Y desde el año 2008 soy párroco. Entre los años 2004 y 2008 tuve además la oportunidad de colaborar en la formación sacerdotal como Director de Estudios del Seminario Pontificio Mayor de Santiago. En este mismo período impartí a los seminaristas asignaturas de Sagrada Escritura y Teología Pastoral.

Lo que me motiva a dar este testimonio es un deber de conciencia y de pastor dadas las negativas consecuencias que han traído las acusaciones que se le han hecho al Padre Fernando Karadima en último tiempo y la verdadera condenación pública que se ha hecho de su persona.

En mi juventud participé activamente en la Acción Católica de la Parroquia Sagrado Corazón de El Bosque. Fui vicepresidente de esta organización juvenil y colaborador muy cercano del Padre Fernando. Él ha sido mi Padre Espiritual por más de veinte años. Lo ayudaba como joven en la Santa Misa todos los días, lo acompañábamos con otros jóvenes a ver enfermos, a visitar hogares humildes para ayudarlos, a dar charlas, etc.

Desde un principio me llamó la atención la alegría, la acogida y la plena libertad con que se vivía la fe en la comunidad juvenil de la Parroquia. Nunca me sentí controlado ni obligado a participar. Nunca el P. Fernando u otro sacerdote me llamó por teléfono para que no dejara de asistir a las reuniones. Nunca vi que se hiciera una lista con los que participaban y con los que no. Realmente esto ha sido ejemplar en la pastoral del P. Karadima. Basta asistir a una reunión cualquiera del día miércoles para constatar el ambiente de sobrenatural alegría en que los jóvenes de la Parroquia siguen a Cristo. He visto como muchos matrimonios que se han formado en la A. C. y que conozco de cerca, llevan hoy felices a sus hijos a la Parroquia para que ellos también participen en el grupo de jóvenes.

En todo el tiempo de mi juventud en que más participé en la pastoral de la Parroquia del Sagrado Corazón nunca vi ni escuché nada de lo que ahora se le acusa al P. Fernando. En mi relación con él jamás observé algo impropio de su condición de sacerdote. Todo lo contrario, siempre he visto en él una conducta intachable y una vida sacerdotal ejemplar. Tanto es así, que su testimonio ha sido esencial para que yo siguiera mi vocación al sacerdocio. No hay duda que hoy no sería sacerdote si no fuera por su ejemplo y ayuda generosa.

En las múltiples instancias que me ha tocado compartir con él siempre lo he visto cien por ciento sacerdote. Incluso los días lunes de descanso en que lo he acompañado tantas veces (a Viña del Mar por ejemplo) no dejaba de animarnos en la fe y de hablarnos de las cosas de Dios. Sus temas preferidos de conversación han sido siempre: la Vida Eterna, la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen, la generosidad y caridad con los necesitados, la vida de los santos. Es admirable el hecho de que el P. Fernando jamás ha dejado pasar una oportunidad para hablarnos de Dios. Soy testigo del lugar especial que ha ocupado en su predicación la figura de San Alberto Hurtado quien fuera su director espiritual y quien lo ayudara a entrar al Seminario.

Además puedo afirmar que al Padre Fernando siempre ha sido un sacerdote muy cuidadoso en el trato con los demás. Nunca lo he escuchado ocupar un lenguaje insinuante con los jóvenes que ha trabajado. Siempre lo he visto trabajar con jóvenes universitarios y nunca con niños. Siempre lo vi acompañado de varias personas y siempre ha tenido una vida transparente. Todos sabíamos siempre donde estaba y quienes lo acompañaban. Incluso todos estos criterios son los que a mí me ha enseñado para tener presente en mi vida sacerdotal.

En mi vida como sacerdote el P. Fernando me ha seguido ayudando como guía espiritual. Los días lunes y algunos viernes del mes mantengo contacto con él junto a otros sacerdotes que hemos sido formado por él para rezar juntos el Rosario, celebrar la Santa Misa, confesarnos, pedir consejo y para compartir.

Me he confesado casi veinte años con el Padre Fernando y puedo afirmar categóricamente el inmenso respeto y cuidado que él siempre ha manifestado hacia el sacramento de la Penitencia. Nunca jamás recibí de él durante la confesión una amonestación, una amenaza o alguna pregunta inoportuna. Todo lo contrario siempre vi en él una acogida llena de misericordia; un respeto único y una prudencia admirable; siempre con un consejo de orden espiritual. Hasta el día de hoy me sigo confesando con él y conversando en dirección espiritual con plena libertad y plena confianza en él.

El P. Fernando y la comunidad sacerdotal que ha formado es un gran apoyo para mi ministerio sacerdotal. Siempre se ha mostrado extremadamente respetuoso de mi trabajo pastoral. Nunca me ha preguntado cómo hago las cosas en la Parroquia. Él me alienta a seguir a Cristo, a centrar mi vida en la Eucaristía, a ser generoso especialmente con los que sufren y a recurrir con confianza a la Madre de Dios. Al mismo tiempo, el P. Fernando siempre ha significado para mí un gran ejemplo de amor a la Iglesia, a nuestros Pastores y al Santo Padre el Papa.

Considero un regalo inmenso de Dios junto con haber conocido al P. Fernando, el pertenecer a la comunidad sacerdotal diocesana de la Pía Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón de Jesús. Siempre he respirado un clima de alegría sacerdotal en nuestros encuentros semanales y en los períodos de vacaciones. También aquí la libertad siempre ha sido total para participar. Nunca me he sentido presionado y nunca ha existido una obligación de acudir cada lunes a la Santa Misa. En nuestro temas de conversación siempre ha salido en forma natural comentar las palabras que el Padre nos ha transmitido, su ejemplo y lo mucho que ha hecho por nosotros como sacerdotes.

En el año 1987 me recibió en la Acción Católica como presidente el Sr. James Hamilton Sánchez que hoy es uno de los acusadores del Padre Karadima. Me alentó a participar en las reuniones que hacía el Padre Fernando de quién se expresaba siempre con admiración y gratitud. Nunca me manifestó absolutamente nada de lo que ha declarado en el último tiempo. Jamás observé una acción impropia del P. Fernando hacia él. Participé como acólito en la Misa de su matrimonio en el año 1993 antes de entrar en el Seminario y en la celebración que siguió a la ceremonia religiosa donde el Sr. Hamilton expresó públicamente todo lo que le debía al Padre Fernando. Igualmente feliz y contenta vi siempre a su Señora Verónica Miranda.

Tuve la oportunidad de compartir en los años 1993 y 1994 con el Padre Fernando Karadima y con otros sacerdotes y jóvenes las vacaciones de verano en el sur, en casa del P. Hans Kast, a quién siempre vi feliz de prestar su casa a la comunidad para pasar unos días de descanso. Me sorprenden sus declaraciones en contra del P. Fernando pues nunca en este período, ni después como sacerdote, le escuché las cosas que ahora se han sabido públicamente. En el año 2001 cuando llegué a la Parroquia San Vicente de Paul me tocó vivir unos meses con el Padre Hans. Lo vi muy afanado en seguir estudiando y en hacer una carrera académica.

En el año 2009 participé en la primera Misa del recién ordenado Padre Andrés Ferrada Moreira que ha declarado haber visto acciones impropias del P. Fernando con jóvenes de la Parroquia en el tiempo que el P. Andrés era seminarista. Lo llamativo es que en esa primera Misa el P. Andrés le pidió públicamente al P. Fernando que lo ayudara como su director espiritual. Fui compañero con el P. Andrés en el Seminario durante cinco años. Compartí con él, estuve en vacaciones con él. Recuerdo un episodio sucedido en el año 1994 durante las vacaciones de invierno. Estábamos un grupo de seminaristas pasando unos días en la playa y Andrés Ferrada salió muy temprano (estaba oscuro) de la casa sin avisar a nadie con short y polera a trotar por la playa. No volvió hasta muy tarde (alrededor de las 15:00 hrs.) con la preocupación de todos nosotros. Había trotado varias horas incluso bajo la lluvia y había regresado en un camión al que pidió que lo trajera de vuelta. Después contaba su aventura feliz. Todo lo cual revela una personalidad singular de extremos. Se afanaba en algo y lo buscaba a toda costa y que nadie se le cruzara en el camino. Así le ocurrió con sus estudios. Él se alejó de nuestra comunidad sacerdotal a la vuelta de sus estudios en Roma.

De Fernando Battle, otro de los acusadores, puedo afirmar que nunca vi que fuera un joven cercano al P. Fernando. No recuerdo que el Padre se le haya siquiera acercado de modo especial. Nunca tuvo una responsabilidad mayor dentro de la Acción Católica. Dado el conocimiento que tengo de su personalidad me hecho el juicio de que se trata de una persona con resentimiento.

Cuando conocí a José Andrés Murillo en el año 1993 era un universitario recién llegado a la Parroquia. El tiempo que lo vi participar siempre lo vi contento y con total soltura y libertad. Se fue de la Parroquia buscando otras experiencias distintas y nunca le escuché en ese tiempo algo contra el P. Fernando.

Las razones por las cuales los acusadores que me ha tocado conocer (James Hamilton, Fernando Battle, Andrés Murillo, P. Hans Kast, P. Andrés Ferrada) se alejaron de la Parroquia son muy distintas a las dadas por ellos en el último tiempo. Por un lado su alejamiento revela la libertad que siempre ha existido para participar en la Acción Católica. Y, por otro, revela las verdaderas razones de este alejamiento: problemas familiares, resentimientos, deseos de venganza, búsqueda de dignidades eclesíásticas, etc.

Vuelvo a reiterar que la motivación de mi testimonio ha sido un verdadero imperativo moral dadas las nefastas consecuencias que se han seguido de todas las acusaciones y de una verdadera condenación pública que se ha hecho del Padre Fernando por los medios de comunicación. Esto ha afectado muchísimo a los fieles de nuestra arquidiócesis y también a los sacerdotes del presbiterio. Gustosamente estoy dispuesto, si fuera necesario, a entregar este testimonio bajo juramento en el proceso canónico.

Encomendando el valiosísimo trabajo que esta realizando al Señor y a María Santísima, se despide de usted atentamente,

Pbro. José Miguel Fernández Donoso
Párroco
Parroquia Nuestra Señora de la Paz